

Luis Corvalán López  
***Los comunistas y la democracia***  
LOM, Santiago, 2008, 152 pp.

Luis Corvalán López fue Secretario General del Partido Comunista de Chile por espacio de tres décadas (1958-1989). Si a este período agregamos los años de militancia iniciada en 1932, obviamente tendremos que comenzar diciendo que se trata de la figura histórica viviente más importante del PCCh y, por qué no, una de las más significativas de la historia política chilena de la segunda mitad del siglo XX. En este sentido, saber de su trayectoria o de su opinión sobre los acontecimientos nacionales e internacionales que jalonaron nuestro pasado más o menos reciente, importa una expectativa interesante de abordar por parte de todos quienes, de una manera u otra, nos mantenemos cercanos o atentos a las circunstancias que han determinado la presencia pública del PCCh desde su origen.

Claro que la dicha expectativa puede verse satisfecha o frustrada dependiendo de lo que se haya esperado encontrar –en este caso, en un libro-, de suerte que no es fácil señalar algún comentario que haga justicia a lo hecho por el autor sin caer en los deslices que, por lo común, afectan la apreciación de este tipo de obras: la manía de cuestionar lo escrito por razones de aversión; la de felicitarlo porque sí no más, porque la adhesión militante o la simpatía personal así lo mandan (otra manía); o la de no saber qué hacer ante el texto, al punto que la complicación nos lleva a “olvidarlo” rápidamente o a despacharlo con no menos presteza, con algunas frases de buena crianza.

Como este libro de Corvalán perfectamente puede dar para todas esas reacciones, propongamos algunas inquietudes que nos permitan algo menos recurrente. Partamos por lo siguiente: ¿qué se buscaba con su escritura? En el texto no hay prólogo, introducción o presentación que nos informe sobre las intenciones del producto ni cómo su objetivo, de tenerlo, se cumplirá en su desarrollo. Este requerimiento, básico para cualquier libro de defensoría política como es el que comentamos, pudo haber sido resuelto mediante una adecuada dirección editorial, asunto muchas veces imposible de conseguir frente a la inflexibilidad de autores y materias. Por su parte, el título del libro, siendo llamativo, no contribuye a orientar sobre qué se pretende decir, resultando proclive al equívoco. Se tiene que esperar, por tanto, que algunas frases del texto nos den luz al respecto: el *leitmotiv* de la obra, consignado de modo poco fluido por su autor, es dejar en evidencia, vía la indicación de diversos acontecimientos demostrativos, el constante compromiso que el PCCh ha tenido con la democracia en o para el país, desde hace casi un siglo.

Ahora bien, esclarecida la motivación, Corvalán fijará su objeto –recordemos, la vocación democrática del PC- echando mano a un estilo escritural bastante didáctico: la trayectoria democratizadora de nuestro comunismo ha tenido su correlato o

contrapunto en las acciones antidemocráticas ejecutadas por toda laya de adversarios: imperialismo, militarismo, fascismo, gran empresariado y, marcadamente hoy, neoliberales. Al tenor de esta fórmula interpretativa, el siglo XX chileno bien puede ser sintetizado por la irreductible dicotomía “democracia-antidemocracia”, anverso y reverso de una historia que, de acuerdo al periplo expositivo de Corvalán, si en algo ha variado, ha sido de todas maneras para mal de la democracia.

Dado lo anterior, todo en este libro está hecho a base de esta estrategia narrativa. Comienza el texto con el gobierno de la Unidad Popular como víctima del imperialismo yanqui, epítome final de un drama abierto con los albores del siglo XX y la tenaz lucha entre Recabarren y la oligarquía plutocrática. Desaparecido “don Reca”, el PC y su compromiso democrático hubieron de vérselas –prácticamente solos, al decir de nuestro autor- contra la Dictadura de Ibáñez. Más tarde, el Partido fue el principal artífice del Frente Popular para caer luego, en virtud de sus avances sociales y electorales, bajo la traición de González Videla y su paranoia anticomunista. Sobrevive a esta persecución y contribuye al restablecimiento de la normalidad democrática, apoyando las reformas electorales que ensancharían la base electoral del sistema político, liquidándose el funesto cohecho. En esta senda de avances, encabeza la lucha por la unidad del pueblo, culminando con el triunfo de la Unidad Popular y la incorporación de genuinos obreros a tareas de gobierno. Tras el golpe, lidera la lucha contra la dictadura y define caminos para enfrentarla –incluyendo la elusiva “violencia aguda”- jugándose por la unidad antifascista pero, nuevamente, sus propósitos –que, por cierto, eran los de la mayor parte del pueblo- se vieron frustrados por la claudicación de unos y el oportunismo de otros, sin dejar de lado las presiones del Departamento de Estado a fin evitar toda posibilidad de arreglo con los comunistas. Con este último aspecto se selló, otra vez, lo que aparenta ser la paradójica historia del PCCh, según la versión de Corvalán: ser objeto, por parte de los antidemócratas -que, sagazmente, se apropian de la bandera democrática para sus perversos intereses-, de la exclusión (cuando no de la represión) por querer para el país una verdadera democracia.

Esta modalidad de interpretación, si bien se asienta sobre datos imposibles de refutar (a fin de cuentas, el PC no fue quien le dio el golpe de gracia a la institucionalidad demoliberal en 1973), coloca al enunciante en una posición de prescindencia analítica donde lo único que importa es la justificación de lo dicho o lo hecho: Corvalán y, por extensión, el Partido al que dirigió en épocas en que ocurrieron varios de los episodios aludidos, han sido los auténticamente demócratas, en tanto que el resto, o lo han sido a medias o, francamente, no lo han sido. Insisto: no se trata de desmentir lo que es imposible: el PCCh cumplió un rol destacado en la historia de nuestra democracia pasada y, sin duda, a diferencia de otros, puede mostrar con orgullo credenciales de respeto y coherencia con lo que fue tal ordenamiento político. Sin embargo, esta constatación no puede seguir impidiendo que el análisis que debe emprenderse respecto de tales hechos y el comportamiento que en ello le cupo al PCCh, siga manteniéndose en

el plano de perspectivas absolutistas y hasta maniqueas que persisten en escamotear<sup>1</sup> los déficits de la propia actuación partidaria a lo largo del tiempo.

No es este el lugar para ahondar en ello, sin embargo, grafiquemos nuestro aserto a base de lo siguiente: la proclamación de la vocación democrática del comunismo criollo, no deja de resultarle incómoda al ex Secretario General al momento de ajustar las cuentas con tal vocación: de tanto compromiso con la institucionalidad demoliberal –esto es, de tanta “consecuencia democrática”- tarde se dio cuenta que ello hizo irreversible la derrota ante los antidemócratas de siempre. Más astuta había resultado la burguesía, la que no había tenido tapujos para deshacerse de esa institucionalidad a fin de salvar lo fundamental. Ya sabemos a lo que condujo la mezcla de ridículo y de rabia que esta traición reaccionaria produjo en el PCCh (y, seguramente, en la propia persona de Corvalán): curarse, en lo venidero y de una vez por todas, de toda ingenuidad, abriéndose a la elocuente seriedad de las armas.

He ahí un punto principal del escamoteo histórico antes dicho, con todas sus típicas frases de ficción histórica repetidas hasta el hartazgo al interior de la militancia: “debimos haber hecho esto o aquello”, “desaprovechamos tal oportunidad”, “se debieron haber entregado armas a los obreros”, “fuimos vacilantes”, “tuvimos desviaciones de derecha” .., en fin, un extenso corolario de supuestos imbuidos de la interpretación histórica general que cruza al texto y que, en buena parte, son tributarios de la huida hacia el cielo ideológico del dogma leninista a que se apeló en tanto única alternativa de consuelo y redención frente a una historia real que, de la noche a la mañana, se había hecho insoportable. En breve, el presente del relato histórico comunista sobre sí mismo, está completamente determinado (¿y deformado?) por los acontecimientos que ha debido enfrentar en las últimas tres décadas.

Pero no seríamos plenamente responsables con este comentario si nos mantuviéramos en la pura crítica a la forma de lo escrito no avanzando en una perspectiva que resulta primordial para una mejor comprensión del contenido. Para ello, es necesario que conectemos el texto con su contexto, cuestión que nos revela la patente contingencia que la obra de Corvalán posee respecto del crucial dilema que en el momento aqueja al PC (y a otros), a saber, ¿es posible la democracia en Chile a partir del actual y particular terreno histórico?

La respuesta, en vistas a lo desarrollado por Corvalán, tiende a ser pesimista: como ya lo apuntáramos, todos los aprestos y logros de mayor participación popular fueron barridos y hoy nos encontramos con la entronización consumada del poder del capital. Luego, lo único que queda es insistir con las premisas de siempre: la unidad y la lucha de quienes persigan el anhelo de lo negado: la democracia, entendida en este caso,

---

<sup>1</sup> De acuerdo al Diccionario de la RAE, escamotear es hacer desaparecer o quitar de en medio de un modo arbitrario o ilusorio algún asunto o dificultad

sustancialmente, como un nuevo orden social. Al margen de esta indicación general, nada más encontramos en Corvalán acerca de las características y maneras de construcción de este propósito, lo que no deja de ser lamentable.

En subsidio de esta carencia, la que sólo será resuelta como tarea colectiva, al menos dejemos sugerida una perspectiva: es probable que hoy sea más el tiempo del “devenir que de la historia” (Deleuze), esto es, de considerar nuestra época más desde el punto de vista de la promesa o anuncio de la novedad, como tiempo profético que debe suspender o evitar lo que impide esa novedad: la historia, aún la del tiempo presente, con toda su carga de lastres, reiteraciones y determinismos. En algo similar pensaba Simón Rodríguez –el mentor de Bolívar- al leer la apertura independentista de hace dos siglos: o se iba tras lo nuevo, o se seguiría incurriendo en los errores conocidos.

Hay, sin duda, expresiones honestas y ciertas en lo escrito por Corvalán en este libro, elementos que, a ojos de terceros, pueden resultar indicativos de la forma cómo se ha gestado internamente la actuación histórica del PC chileno. Baste mencionar, por ejemplo, lo que señala sobre la forma cómo se consideró la actuación del PCUS y la política exterior soviética en el siglo pasado. Si bien no deja de estimar que lo hecho en este punto fue, en general, correcto, por el potente compromiso emocional y material que significó la URSS para el Partido y la humanidad progresista de entonces (una clara manifestación de la seducción esclavizante que todo poder provoca), sus palabras relativas a la manera obsecuente y de callada complicidad que presidió esta actuación ante el “faro del mundo”, no puede sino llevarnos a la felicitación por tal reconocimiento y a esperar que, a base del mismo (recordemos: “la verdad es revolucionaria”) efectivamente se haga realidad el “para que nunca más”.

ml.